

y pico que lo asistió en aquella «casa del dolor» donde «su corazón iba a rendir el último suspiro» (J.L. en *AFI*, p. 112). Pero no menos innegable, el que, al morir Vallejo, Larrea no recordaba más poemas suyos, fuera de *Los Heraldos Negros* y de *Trilce*, que los dos dados a conocer, en 1926, en *Favorables*. Se le había borrado de la mente —como vimos— que, en 1935, el «hermano» solicitara su ayuda en pro de un nuevo «libro suyo publicable», lo que demuestra, amén de la poca atención que, en el «turbión» de sus asuntos personales, ese libro le mereció, que, no obstante lo íntimo de su «hermandad», Vallejo le había dejado ignorar, año tras año, que su «silencio poético» muy poco tiempo llegó a ser «total». Tampoco sintió Vallejo necesidad de compartir con él, más que con Georgette, el «milagro» de su «monólogo» final: nada hizo, ni durante, ni después, para provocar un encuentro, y cuando el encuentro se dio no le dedicó más que esa «mirada» que él «no supo cómo interpretar». Finalmente, Vallejo no aprovechó las sucesivas apariciones de Larrea en el cuarto en que estaba muriendo «de vida, y no de tiempo» para manifestar el menor deseo de confiarle *esto* o *aquello*: mientras gozó de conciencia, no tuvo un gesto, ya ni siquiera una mirada, que le diera a entender que si moría, asimismo, «de su edad ¡ay! y de su época», legaba a sus «hermanos hombres» —«hombre al fin», «mal nacido, / mal vivo, mal muerto, mal moribundo»—, simultáneamente con «todo» lo que «[agitábase], ahora mismo, / en [su] vientre de macho extrañamente», el registro de «lo que [pasaba] en [esa] época» —«lo que [ocurría] en China y en España, y en el mundo— por último, sobre todo en España, desde que —según dijimos— el mundo se le volvió «español hasta la muerte».

Vallejo murió en la mañana del 15 de abril de 1938 sin haber «declarado» a nadie «heredero» de su *suma poética*, pues todos ignoraban que ésa existiera. Ahora, cuando reiteraba que, no contento con no declararla heredera, César, a su modo, tácito pero «obvio» para quien lo conocía, la había declarado «anti-heredera», Larrea hacía más que insinuar que en lo que a él le atañía era radicalmente distinto. Todo el tiempo que estuvo consciente, Vallejo nunca intentó transmitir nada a nadie. Bastó que cayera en la inconsciencia previa al coma para que se pusiera a llamar: «¡Larrea! ¡Larrea!». Por eso, las repetidas referencias al «delirio» de Vallejo y a la aseveración telefónica de la mujer de Larrea: «Tienes que venir. ¡Te está llamando! Estamos todos impresionadísimos» (*AV* 11, p. 227). Prueba de que, en un raptó de superconciencia, nacido de su misma inconsciencia, Vallejo, antes de entregar en las manos de Dios Padre y de la Madre España su espíritu, seguro de que el propio Dios abogaría por él en el «otro mundo», lo designó al «hermano» para que se hiciera cargo de la «causa» que dejaba pendiente, entre tanto, en «este mundo». Así reconocía in extremis lo que, en 1932, porfiara en negar «entornando la oreja»: que la «experiencia» peruana de Larrea también lo concernía; que, por más que entonces antepuso el «infierno» de Georgette, sus dos vidas estaban de verdad «profunda e inusualmente entrelazadas», y que lo habían persuadido, tanto el acontecer histórico, como su propio acontecer hasta la fecha.

Tengamos presente que Larrea ni sospechaba que Vallejo había seguido siendo poeta después de 1926 y que, en todo caso, fue Georgette la que, pasados días lo enteró (*AV* 11, p. 376) y le facilitó, entre otros, los originales que, en seguida, inspiraron su *Profecía de América* con que, en junio, el boletín *Nuestra España* del «Comité Iberoamericano de Defensa de la República Española» encabezó un número de homenaje a quien

fuera una de sus cinco fundadores. Es indudable que años de cavilaciones *neomúndicas* lo predisponían a Larrea a recibir los versos de *España, aparta de mí este cáliz* como una auténtica «revelación». Simultáneamente, consta que, cuando Georgette se los entregó, constituyeron para él, como habían constituido para ella, la más cabal de las sorpresas. Siendo así las cosas, cuesta creer que, no bien supo de la enfermedad de Vallejo, que nada indicaba aún que sería la última, ese mismo Vallejo al que prácticamente había dejado de ver hacía siete u ocho meses, «tuvo el sentimiento intuitivo, por razones muy complejas, de que entre la suerte de César y la de la República española, existía un hondo entrañamiento» (*id.*, p. 226), y que ello tenía relación «con el arquetipo cristiano» —hasta el punto que le habría entrado el temor de un fatal desenlace para «el día 7 de abril, por ser ésta la fecha que suele atribuirse a la muerte de Cristo» (*AFI.*, p. 113).

Con todo, Vallejo no murió el 7 de abril, fecha que Larrea asociaba con la de la muerte de Cristo,²⁶ sino el 15, que aquel año —1938— era día de Viernes Santo, conmemoración de esa misma muerte. Acababa de expirar, «en presencia de su mujer y de [dos] amigos» uno de los cuales Larrea (*CVHCR*, p. 102); «no tardaron en iniciarse las diligencias fúnebres»; cuenta Larrea que él permaneció un momento «apoyado contra la pared a los pies del lecho» y que, «en su interior» pero «muy deliberadamente», como ya seguro de que el futuro les pertenecía a los dos, le habría espetado al «cadáver»: «Vámonos, César. Déjales a estos zorrillos con sus ceremonias. Arréglate y vamos a lo nuestro» (*AV 11*, p. 228). Lo que no impidió que, a los dos días, interviniera para que ese mismo «cadáver» tuviese «un entierro internacional», el cual haría «de un escritor socialista semi apagado», «sin que nadie lo supiese, un héroe de proyección universal» (*id.*, pp. 220-3).

Lo que fácilmente creemos es que, en el estado de «emoción desorbitada» (*id.*, página 139) en que Larrea vivía «la tragedia española», el impacto, más intenso por lo absolutamente inesperado, que le produjeron los poemas lo llevó incontinenti a pensar que todo era obra del «Ser intrínseco del Universo» (*TC*, p. 38), que le daba la razón a la sinrazón, «ultrarracional», que su «imaginación», otrora, opusiera a las razones meramente racionales de Vallejo —ya que éste callandico se le había rendido, sin decírselo, confiado en que, después de su muerte, Dios y España-España y Dios (*AV 11*, p. 237)— hallarían cómo hacerle partícipe. Ambas entidades, en realidad, ya habían empezado a obrar anteriormente al «fin final» del poeta, cuando en su agonía le habían infundido «llamar» al profeta de *Orbe*. De cabo a cabo, como *hombre*, Vallejo había dado pruebas de *ingenuidad*; como *poeta*, no dejará de actuar, a sabiendas o no, adherido «al destino terráqueo de la especie» (*TC*, p. 36): su *poesía* contemporánea de la Guerra civil lo ratificaba, «en función de un futuro» que se anunciaba «inminente».

En el acto, Larrea supo que Vallejo era un poeta aparte, «no un cantor, sino un instrumento de la poesía viva, la cual, si se expresaba en parte por medio de sus palabras, se autentificaba al manifestarse complementariamente a través de los actos extra-voluntarios de su persona, convertida en ilustración demostrativa del tema poético del

²⁶ La Leyenda Dorada de J. de Voragine, que compendia la tradición medieval en la materia, sitúa más bien la Pasión del Divino Redentor en el mes de marzo.

mundo» (ECV, p. 183). «Su vida participaba de aquella condición profética» que desde hacía siglos parecía «exclusiva de los fenómenos religiosos» (*id.*). Y eso se daba «porque la historia se encontraba en los albores del Nuevo Mundo». «Venido a más en [las] latitudes de la esperanza», Vallejo había sido el «emisario» cuya «misión» consistiera en «calificar con su presencia la significación de los acontecimientos que se desarrollaban en España»: «América, América, de tu pueblo nos viene esta luz de hombre enardecido» que, «al desvanecer el complejo infantil en él representado, descubre el camino conducente al alba universal en que han de triunfar todos los pueblos» (*id.*, pp. 183-4).

Lo que primero le había llamado la atención a Larrea, al llegar a América en 1930, era «el primitivismo de sus gentes»²⁷ (AV 11, p. 207), al que atribuyó que su viaje le ofreciera «un punto de partida nuevo». Siempre que después destacó lo *infantilmente ingenuo* que era Vallejo, lo relacionaba asimismo con su condición de americano. Los dos hechos según él más significativos del trayecto humano del «cholo» fueron que muriera un Viernes Santo, por más que la muerte advino a las 9 y tanto de la mañana y no a las tres de la tarde canónicas, y que, al otro extremo, hubiera nacido, «en lo enhiesto» de los Andes, «como vástago en segunda generación de dos sacerdotes españoles y de dos mujeres indígenas», «predicando así simbólicamente el Advenimiento del tercer mundo, en que la naturaleza y el Espíritu se concilian²⁸ en una fórmula universal de nueva especie» (AV 8, p. 296).

No discutiré ahora el sistema *teleológico* de Larrea, mixto singular de *tradición* y de *modernidad*, en el que el manejo de conceptos *tradicionales*, que ha provocado airadas reacciones en más de un obtuso *modernista*,²⁹ sirve en realidad para respaldar un *historicismo*, con base *geográfica*, radicalmente *moderno* y sin nada que pueda satisfacer a un auténtico *tradicionalista*.

Queda el hecho que, no bien, en la primera quincena de mayo del 38, conoció, a través de Georgette, la poesía póstuma de Vallejo, Larrea realizó que «la figura y la obra» del que fuera «su amigo más cercano» (AV 11, p. 238), aunque años seguidos se había mostrado reacio a sus argumentos, podían venir a constituir, *debidamente glosadas*, la mejor ilustración de toda su temática.

Al finalizar el mes, tenía escrito el primer texto, «hasta superlativamente encomiástico» (*id.*, p. 239): esa *Profecía de América* cuya conclusión acabo de reproducir. Notable es que, cuando quiso leer su trabajo, todavía inédito, a Georgette, ésta lo escuchó con señales «de desazón», luego «de desagrado», intentó interrumpir varias veces su lectura y, acabada la misma, prorrumpió en «una explosión sin reticencias», «echándole en cara que utilizara su pluma para maltratarle a Vallejo de ese modo» (*id.*). Por más que, después, el «chubasco» trajo a relucir cuestiones de plata y de abortos, la inmediata reacción de *VV* —digámoslo así— visiblemente se debió a que, por «su condición

²⁷ Punto de vista nítidamente eurocentrista, en la línea del buen salvaje rousseauista; por lo demás, contradictorio con el interés de Larrea por las culturas precolombinas y, más especialmente, por Macchu Picchu, piedra de toque, según el título de un ensayo suyo de 1966 (en sus páginas centrales, acertada ~~de~~ «de la poesía y de la personalidad energuménicas de Neruda»).

²⁸ Nuevamente: la naturaleza por América, y el Espíritu por Europa (y Asia).

²⁹ Xavier Abril, Ernesto More...